RESEÑAS

Edgar Morin, Nicolas Hulot, *El año I de la era ecológica*, 2008, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, traducción de Pablo Hermida, 192 p.

RECEPCIÓN: 11 de diciembre de 2009.

ACEPTACIÓN: 18 de enero de 2010.

Este libro es una compilación de textos que abarca tres décadas de la vida y del pensamiento de Edgar Morin. El primero, que da título al libro, aparece por primera vez en 1972, cuando se empieza a hablar de ecología, y Morin, con su permanente interés en el pensamiento complejo, ve en la palabra “ecología” la representación de una ciencia que incluye, precisamente, la complejidad, que debe ser considerada en cuanto a los temas de la naturaleza, del hombre y de su relación con los demás seres vivos. Esta palabra, “ecología”, le parece más amplia que ninguna de las que hasta entonces se usaban (entorno, naturaleza). La noción de ecología incluye muchas ciencias referidas a diferentes aspectos de las relaciones de los seres humanos con “su” propia naturaleza, con la naturaleza misma, con sus congéneres y con los demás seres vivos.

Por otro lado, Morin insiste en que, cuando habla de conocimiento complejo, no se refiere a un conocimiento difícil u oscuro, sino a uno que debe tomar en cuenta todos los elementos que lo componen, para no promover una fragmentación del conocimiento. Las ciencias, dice, se han seccionado tanto, se han especializado tanto, que no logran tener un conocimiento de la totalidad de aquello que estudian. Si cada ciencia tiene un objeto de conocimiento determinado, y no se buscan puentes de unión entre diversos saberes, el resultado será una dispersión, una excesiva especialización, de cuyos peligros nos advertía ya Augusto Comte. El sistema de ciencias que hemos aprendido desde temprana edad se dedica a fragmentar, a separar, a distinguir los diversos “objetos de estudio”, pero difícilmente unifica: persiste en la división y, con ello, cada ciencia nos ha escamoteado la realidad.

RESEÑAS

En este intento por unificar el conocimiento, y así plantear el verdadero sentido del pensamiento complejo, Morin nos habla del pensamiento “ecologizado”. Con este pensamiento quiere insistir en que la vida del hombre, y su estudio antropológico y social, no debe olvidar su pertenencia a la naturaleza sino verla como algo orgánico, como algo vivo, como un ecosistema que nos influye y sobre el cual nosotros influimos. Se trata de saber que el ecosistema no sólo interviene en nuestras relaciones con el entorno, sino también con nuestras relaciones entre seres humanos.

Este sistema de pensamiento nos invita a no ver al mundo ni a la naturaleza como un mero cúmulo de cosas, lo que querría decir, pienso yo, que ninguno de los objetos fuera de nosotros está o permanece de tal manera que no interactúe con nosotros. Si logramos vivir esta relación, entonces, paulatinamente, puede desarrollarse en nosotros una conciencia planetaria. La ecología nos invita a considerar el término ecosistema como una realidad espontánea, viva, cambiante y auto-organizada.

La filosofía moderna, desde Descartes, siente una necesidad de hacer grande al ser humano, dominando la naturaleza, y piensa que se logrará algún día. El pensamiento de Mill y el de Marx siguen en la misma línea. Pero, dice Morin: “el capitalismo y el marxismo continuaron exaltando ‘la victoria del hombre sobre la naturaleza’, como si aplastar la naturaleza fuese la más épica proeza. Esta ideología de los Cortés y los Pizarro del ecosistema conduce de hecho al suicidio; la naturaleza vencida supone la autodestrucción del hombre.” (p. 16).

Occidente ha heredado de la religión cristiana una visión en la que se engrandece al hombre, pero se minimiza su relación con la naturaleza y su semejanza con los otros animales y con el resto de los seres vivos; quizás por ello, algunos amantes de la naturaleza, decepcionados de estos planteamientos, han buscado respuestas en pensamientos orientales —dice Morin—, en los que el respeto a los animales y a la naturaleza, y su relación con el hombre, son más claros. En esta tesis no se trata de preferir religiones o de acusar errores, sino de reconocer que los occidentales no nos hemos caracterizado por una preocupación similar a la oriental, que hoy resulta fundamental. Tampoco se trata de regresar a Darwin —y suponernos primates “educados”—, pero sí de insistir en que, tal vez, entendimos erróneamente la afirmación de que la tierra es nuestra: probablemente lo es, pero para cuidarla, no para dominarla y, menos aún, para destruirla.

Otro tema que plantea Morin con relación al problema ecológico es la forma equivocada en que se comprende la idea de “progreso”; nos recuerda que tal idea surge con el pensamiento de Condorcet; pero ya no es factible plantearnos como él dicha idea de progreso, y creer que con la tecnología y con los avances científicos es suficiente para que el hombre alcance su felicidad y su realización, amén de traer aparejado el progreso moral. El siglo XIX dio cuenta de tales expectativas y también de tales fracasos, puesto que el confort y la prosperidad nunca fueron para todos, y es posible que nunca nos encontremos tan desiguales como los hemos estado desde entonces.

Con tal idea de progreso y con el avance tecnológico, lo que sí hemos logrado es poner en peligro nuestro ecosistema y agredir a la naturaleza, tratando de dominarla, a lo que Morin nos dice: “el hombre debe cesar de actuar como un Gengis Khan de la periferia solar y no considerarse el pastor de la vida, sino el copiloto de la naturaleza.” (p. 40).

Hoy, ese progreso puede asociarse con otro concepto: la globalización. Morin nos habla de la mundialización, en el sentido en que algunas cosas de América, como los jitomates o el cacao, pasaron a Europa y otras de Europa, como el trigo y el caballo, pasaron a América. En este sentido, mundialización y occidentalización se suponen la una a la otra. Para muchos, modernización y occidentalización son sinónimos y, por más que algunas culturas defiendan sus tradiciones y procuren cerrar sus puertas a esta dominación, no siempre lo logran.

Para que la globalización en verdad favoreciera a todos, tendría que haber, afirma Morin, un gobierno planetario, una conciencia de la comunidad de destinos. Se habla de desarrollo sostenible pero, al mismo tiempo, se atenta éticamente contra las comunidades en donde los desarrollos tecnoeconómicos se privilegian. Los hombres quieren ser autosuficientes y tener todos los beneficios posibles en términos de bienestar. La ciencia les ha parcelado su percepción de la realidad y, con ello, creen que su responsabilidad frente al mundo es igualmente parcelada; que, como no tienen culpa, tampoco tienen responsabilidad ni obligación de solidaridad, cualidades que son, para Morin, las fuentes de la moral.

Morin, entonces, hace una crítica al desarrollo tecnoeconómico, ya que éste sólo se ocupa, como es evidente, de lo cuantificable, y lo más importante de la vida humana es lo que no se puede cuantificar: el amor, los sentimientos, el honor, la tristeza y la alegría.

RESEÑAS

Tal deficiencia (la cuantificación como única fórmula) en nuestras percepciones y valoraciones es propia de un subdesarrollo psíquico del que, según Morin, adolecemos, puesto que la educación que hemos recibido no nos permite percibir los problemas fundamentales como globales: los analizamos científicamente, pero no incluimos en ese análisis todo aquello que, al no ser cuantificable es, sin embargo, tan relevante o más que la simple lógica del conocimiento científico. Sostiene Morin que “la nave espacial Tierra está propulsada por cuatro motores que producen un desarrollo incontrolado: la ciencia, la técnica, la industria y la economía [...] pero la nave espacial carece de piloto. Además los pasajeros riñen entre sí.” (p. 101).

¿Hay alguna solución para nuestros problemas? Algunos remedios ya los conocemos: debe lucharse contra los contaminantes, incluyendo la fabricación de automóviles de ciertas condiciones; desarrollar las energías renovables en todas las regiones del planeta, así como intensificar la agricultura biológica. “El imperativo de lo mejor se impone por doquier; en Occidente se trata de lo mejor pero menos, en otras partes es más pero mejor”. (p. 104).

Finalmente, el texto nos ofrece una conversación entre Edgar Morin y Nicolas Hulot, realizada durante la campaña electoral francesa del 2007. Hulot es animador y productor del programa *Ushuaia*, que ha tomado, poco a poco, conciencia de los grandes desastres que hemos causado sobre la biosfera y cómo hemos banalizado la vida en la Tierra.

182 En su diálogo, los dos personajes plantean algunos de los temas que hemos comentado a lo largo de esta reseña, pero, además y sobre todo, hablan del “pacto ecológico”; en él se dan las posibilidades de un acuerdo entre todos, sin violencia, sin enfrentamientos, buscando la reconciliación entre los hombres, y la de los hombres con la idea del progreso: una idea que sea nueva, que suponga un auténtico perfeccionamiento “duradero y equitativo” de la condición humana.

Ambos personajes también plantean un principio de esperanza; afirma Hulot que “disponemos de herramientas formidables para atajar el hambre y salvar la Tierra. Lo que nos falta es una voluntad común”. (p. 133). Así, el principio de esperanza proviene de la propia desesperanza; los elementos con los que cuenta dicha esperanza son los que permiten lo improbable, es decir, que no todo está escrito ni determinado; en la historia de la humanidad se ha visto que, algunas veces, lo improbable cambia la dirección de las cosas. Otro elemento es el desarrollo de las potencialidades humanas todavía no actualizadas. Sabemos que la parte de nuestras potencias que utilizamos cotidianamente es mínima,

comparada con lo que podríamos utilizar; por tanto, podemos esperar que lo que no hemos utilizado pueda servirnos para encontrar soluciones a los problemas que el uso de esa pequeña parte utilizada ha provocado. Finalmente, el elemento que podemos considerar para tener esperanza es el conjunto de posibilidades de metamorfosis: si la naturaleza nos muestra que de un pequeño gusano puede aparecer una mariposa, entonces podemos esperar que una metamorfosis pueda contribuir a encontrar un mejor camino para nuestro planeta en peligro.

Si contamos con los elementos mencionados, podemos pensar que nuestro ecosistema logrará un cambio que le permita prevalecer; es una gran apuesta, pero, quizás, todavía haya tiempo para que el hombre se dé cuenta de que ésta es la única casa que tiene y que está en sus manos corregir algunos de los errores cometidos. No podrá corregirlos todos pero, si se empeña, podremos hablar con seriedad de un buen futuro.

CECILIA GALAVIZ

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México